

## ESPEJISMO SIN SOMBRAS

### REUDUS

Dormitaba mientras los recuerdos volvieron.

Dentro del orbitador, las lámparas papaloteaban mientras la voz de mando, continuaba con un zumbido de baja intensidad.

A lo lejos, los enormes trozos de la desintegrada Tierra, parecían enormes icebergs sumergidos en un mar estelar.

Su mirada se posó en uno de ellos, el de mayor tamaño y comenzó a recordar...

I

## XY... EL COMIENZO

La nave comenzó a descender lentamente en la atmósfera enrarecida de la Tierra.

“Active compuertas de descenso... Temperatura exterior, 106°C...”, la monótona voz de la computadora del control maestro, se oía irreal en ese extraño ambiente.

Una leve llovizna se dejaba caer sin tregua.

Al abrirse la compuerta de descenso, se quitó los arneses de seguridad, y de un salto, tomó tierra.

No alcanzaba a distinguir en lontananza, más que sombras como espejismos.

Revisó su expulsor de partículas gamma. Con el modo pulverizador podía eliminar de tajo cualquier amenaza que se cerniera sobre él.

“Informe de posición soldado”, la voz del comando central resonó de tal forma que XY pegó un brinco como si alguien le hubiese gritado o algo le hubiese impresionado.

“Cuadrante 132, cerca de la antigua ruina de Manhattan...”

Escuchó ruidos...

¿Occipers, aracnoides? Esos bichejos podían soportar sin inmutarse un calor infernal. El debía usar un protector de titanio con diafragmas de tungsteno.

De súbito, una forma gigantesca ocupó casi todo su frente.

La nave nodriza revoloteaba como una enorme avispa, buscando aterrizar. Lo hizo a poco menos de dos kilómetros, y mientras descendieron los del alto mando, protegidos por sus drones, sintió cierto alivio.

Como un ladrido la estentórea voz del jefe de zona, Brings, le sacó de su ensimismamiento:

“Dentro de 72 horas y 23 minutos, se explotará este planeta...Si desea realizar algún experimento, le dejaremos un par de drones para protección y su nave será suficiente para sacarlo a tiempo”.

“Entendido”, le respondió seca y cortésmente.

Mientras avanzaba entre la neblina de ese amanecer casi irreal, donde las sombras adquirían formas grotescas y dibujaban sus viejos temores.

El sonido del intercomunicador, con algo de estática, lo devolvió a su misión.

“Soldado, informe novedades”

“Ninguna señor”

Y mientras decía esto, uno de sus drones detectó movimiento a la izquierda.

Enfocó su láser y se activó. La llamarada azul pegó en una piedra.

Una enorme rata, casi del tamaño de un perro, corrió lejos.

Continuaron avanzando.

Ante XY apareció un túnel sinuoso.

¿Debía adentrarse?

Envío al dron más robusto, y éste, volando con presteza, activó sus luces de reconocimiento y penetró en la abertura—túnel, de forma precisa.

Mientras se quedó a observar, una llovizna más intensa y pertinaz se deslió sobre ellos con firmeza.

Las imágenes que el dron enviaba desde el interior, sólo mostraban un espacio alargado, vacío (salvo algunas enormes ratas), pero sin mayor peligro.

“No hay formas de vida inteligentes”, anunció el dron.

“Retorno inmediato”, le ordenó.

Entonces, se atrevió a entrar.

Mientras chapoteaba en medio de los charcos, tuvo la extrañísima sensación de ser observado por ojos vivaces en esa oscuridad sofocante.

Encendió las luces adjuntas al traje.

En el enrarecido aire de esa atmósfera cargada de amonio, una forma diviesa, como fulgurante, tomó forma. ¿Sería un holograma? Un miedo cerval se apoderó de él. El dron de la derecha quiso disparar y sus sensores se apagaron. El dron izquierdo disparó una ráfaga corta, de pequeña intensidad, que alcanzó a la imagen sin hacerle el menor daño.

Entonces, todo el corredor cobró vida y se sintió absorbido por una luz intensísima.

Perdió el sentido.

Al abrir los ojos, descansaba en el asiento de su nave.

Unos ojos preocupados le observaban con detenimiento.

“¿Qué... ha... ocurrido?”, balbuceó entrecortadamente.

“Tu dron te sacó de una trampa de luz y te trajo aquí...”, la mirada de la enfermera de la flota parecía muy turbada.

“Este mundo está dominado por los Selector... Aquella raza que se apoderó de la Tierra tras la huida de los humanos a Titán... ¿Recuerdas?”

XY tuvo consciencia de su suerte y rememoró a los Selector. Humanoides de 6 brazos y con rostro arácnido, brillantes científicos que dominaban mundos con sus trampas de luz, mientras saqueaban sus riquezas. La Tierra no había sido la excepción. Para cuando el Consejo de Gobierno Terrestre les detectó, más de 9800 millones de habitantes, estaban confinados en los mundos exteriores bajo el látigo de Tirannus, el líder de los Selector, camuflado en una enorme roca cerca de Saturno. El resto, cerca de dos mil millones de humanos, había sido presa de seres espantosos como los occipers. La gran masa de la

humanidad estaba confinada a la dictadura de Tirannus. Liberarlos fue otra tarea, pero ya no podían regresar a su planeta. La Tierra era un gran basurero espacial donde las rutas intergalácticas lo consideraban un puesto de recargas de combustibles. Los habitantes del mundo habían encontrado en la Luna Gigante de Júpiter, Titán, un espacio donde desenvolverse y reasentar de nuevo su avanzada civilización.

Pero eso había sido mucho tiempo atrás. ¿Qué hacían los Selector en este momento en la Tierra?

“¿Por qué... Se explotará la Tierra si los Selector están aquí?”

“Ellos son intrusos... Violaron el Convenio de Betelgeuse, donde todos los estados de la Federación galáctica se comprometían a no invadir territorios como éste”, le dijo ella, y en sus bellos ojos azules, se divisaron sombras.

“Temes por esta misión, ¿Verdad?”

“La nodriza no esperará las 72 horas... Temen que haya una sublevación antes... Quieren que vayas al manantial y recojas muestras del agua terrestre para los anales galácticos”.

Y con una sonrisa en los labios, se alejó.

XY se incorporó.

Encendió los motores.

Su nave se desacopló y en instantes, volaba presurosa por el sector del manantial, último vestigio del líquido vital del planeta, erosionado por vientos intensos, recorrido por torbellinos terrestres y violentos huracanes, mientras las marejadas relamían el silicio dominante en todo el mundo, pues la superficie sólo era un amasijo informe de antiguas ciudades devoradas por desiertos de cristal, sin un solo árbol a la vista. En esa encrucijada, milagrosamente, un pequeño oasis de menos de cincuenta metros cuadrados, permanecía inalterado.

Avistó el lugar que su transponer le señalaba, y conectando el mecanismo de descenso, aterrizó.

Las patas del transporte se posaron lentamente.

Descendió despacio.

Las marcas de los occipers en la arena, le enviaron señal de alarma. En la entrada de la cueva de acceso al manantial, un arácnide devoraba los restos de un occiper... Sin darle tiempo a encender su arma, el bicho se elevó rápidamente con sus alas multiformes de iridiscentes colores, y se alejó veloz.

Al entrar al oasis, su rostro se iluminó.

La sola vista de ese paradisiáco lugar, le alegraba el alma.

Caminó sobre el musgo... Hubiera querido quitarse el traje completo y el casco y pisar descalzo sobre esta maravilla, pero decidió no arriesgarse.

Una vez en la laguna, de su maletón, sacó el extractor y llenó un garrafón de doce litros, y aparte, un pequeño vaso de 750 mililitros que guardó celosamente en un receptáculo adosado a su traje. Este vaso era para su propio peculio.

Regresó sin prisas hasta su nave, mientras la lluvia avanzaba.

Activó el modo de elevación y, una vez en el aire, puso rumbo hacia la nave nodriza.

Un fulgor intenso lo dejó casi ciego.

Un golpe sordo en el casco de su nave, le indicó que algo lo había alcanzado.

Un enorme arácnide le impedía avanzar. Era casi tan grande como su transporte y fue inútil intentar sacudírselo de encima.

Se precipitó a tierra, mientras el censor de movimiento le advertía "Intrusos"...

Antes de cerrar los ojos y caer inconciente, logró activar el doble mecanismo de defensa y se encerró en su compartimento, mientras la nave caía estrepitosamente, entre una enorme polvareda.

## *II*

### *XY... EL ESCAPE*

*Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto.*

*kafka*

### **Metamorfosis**

**Soledad.**

**Aire irrespirable.**

**La cámara de reconversión de la nave, se había apagado media hora antes, según**

**Sus registros.**

**Le dolían los ojos, cargados de melancolía.**

**Un recuerdo evanescente se dibujó pleno en su memoria.**

**Un amanecer en la playa.**

**Una escena de televisión intramental, de las de diseño.**

**En el año 2520, un mundo sobrecargado de inmundicia, ya cuando el planeta**

**Tierra dibujábase en las rutas intergalácticas como un enorme contenedor de**

**basura con ninguna vida humana identificada, y un solo hombre en todo el**

**Planeta.**

**El mismo.**

XY no recordaba mucho de su descendencia.

Ese amanecer onírico era una réplica de sus sueños inducidos. Su mundo actual, plagado de ratas enormes y cucarachas de caparazón de tortuga, no ofrecía belleza.

Apenas los restos de una civilización despedazada por su propio peso, sedienta de esperanza, plagada de dolor, ajena de alegrías.

XY experto en decodificaciones genéticas formaba parte de la Misión que decidió quedarse al estallar la atmósfera.

Sólo él había sobrevivido.

Los paneles de protección del carguero estelar permitieron mantener algunas partes de la nave antes de fragmentarse.

El miedo quiso aniquilarlo a golpes de histeria, pero se controló. No podía permitirse fallar.

Sin decoro alguno, los occipers, una especie de cucarachas con dentadura tan fuerte como la de un felino, corroyeron toda la estructura, y si no alcanzaron el lugar donde permanecía escondido fue por el titanio extracorp, un supra moldeador metálico utilizado en la primera visita a Betelgeuse, la gigantesca estrella que servía como incinerador para los rutas más internas del espacio.

Solamente esa parte resistió el ataque.

Los bichejos se alimentaban de fluidos mecánicos y sangre humana. Millones perecieron en la matanza de los occipers.

XY debería de idear una nueva vida, ajena por completo a la que conocía de su laboratorio.

Se había creado una chica virtual con la que platicaba a ratos.



La sabía artificial, sin vida humana, y eso le dolía.

La soledad se vestía de pedazos de su propia alma, cargados, sin duda, de atisbos de su desesperanza.

¿Cómo sobrevivir sin caer en la locura?

Tenía la secreta esperanza de ser parte de un puñado de sobrevivientes en los restos de ese planeta muerto, acuciado por el hambre, roído por el desgaste.

Tal vez, alguien más, deambulaba como un fantasma.

Engulló una cápsula más.

Mariscos cocinados en especias.

Eran los replicantes, burdas imitaciones de comidas del siglo XXI embrozadas en receptáculos pequeños fácilmente digeribles.

Sabor aceituna.

Su sabor dependía de si se elegía extra fuerte o normal.

XY absorbía su soledad con demasiada prisa.

Restos de su propia vida, esquematizadas en microfibras de asbesto, resistentes a los 106 grados de afuera, vegetación cactácea recocida por el sol, que guardaba celosamente en un microprocesador en un trozo de plexiglás con superestructura.

Esa era toda su memoria, trozos de sus ideas protegidas en un chip de magnesio adherido a su antebrazo.

Escuchó algo.

¿El eco de su respiración?

“No debo rendirme, todavía queda esperanza”, se dijo en un asomo de fortaleza.

“¡Alerta, no te duermas soldado!”, la voz resonó en sus oídos.

Se había quedado momentáneamente dormido y ese recuerdo restalló como un látigo en su cabeza.

El Centro de Entrenamiento Científico en Epsilon uno, la base donde se formaban los oficiales de ingeniera genética donde se graduara con honores.

“Sí comandante”.

La voz de Estrujas, el jefe de sección parecía poblar su silencio.

¿Se estaría volviendo loco?

Una especie de adormecimiento lo invadía. En esa semipenumbra de la nave, formas de luces parecían tomar formas humanas, caminando entre las partículas de luz.

Fantasmas de su imaginación que bailoteaban danzas macabras ante sus ojos, una utópica realidad, cargada de esperanza.

Unas horas antes, comenzó a sentir con intensidad una suerte de fiebre. No le resultaba común siquiera el imaginársela, puesto que las vacunas y los emolientes estabilizadores le conferían una homeóstasis que lo mantenía en un estado aceptable de salud.

Esto era algo distinto.

La piel le quemaba.

Intentó hidratarse con una más de sus inyecciones virtuales, pero no consiguió más que aliviarse un momento. Como si estuviese creciendo dentro suyo, una nueva vida.

Recordó el vaso.

Lo único rescatable de su encierro mientras escuchaba el jadeo de las aracnoides, insectos con carapacho y mandíbulas endurecidas que buscaban romper su fortaleza, lo constituía un vaso de 750 mililitros con agua de manantial, que reposaba delicadamente como un pétalo de rosa, sobre una mesa plegable junto al escritorio.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

